

lebrados, caían por tierra, porque el uno anulaba al otro (1).

Esta manía de alianzas es la menor de las censuras que la historia tiene que dirigir á la casa de Hanover. Los contemporáneos observaron ya que los reyes de Inglaterra estaban más ocupados de sus establecimientos de Alemania que de la corona á que los había llamado la nación inglesa: gobernaban á Inglaterra, dice Federico II, por los intereses del electorado de Hanover (2). Era todavía en parte una política inspirada por el miedo. Los príncipes hanoverianos seguían temiendo que una revolución les arrebatase el trono que una revolución les había dado, y pensaban en asegurarse la retirada á su querido electorado. Además, los primeros reyes de la Casa de Hanover eran completamente alemanes. Eran pequeños príncipes de los que hormigueaban en el imperio, que se veían súbitamente elevados á una grandeza que, en la pequeñez de sus ideas, ni siquiera llegaban á comprender; desconocían lo mismo el carácter, las costumbres, la constitución del pueblo que debían gobernar que su lengua. Los Jorges siguieron siendo durante dos generaciones unos pequeños príncipes alemanes, con sus mezquinas miras, no yendo en el gobierno de una gran nación más que un medio de engrandecer su electorado y de aumentar su tesoro, aficionados á tener queridas y un ejército para jugar á los soldados. Sin embargo, la suerte de Inglaterra estaba unida á esta pobre dinastía. Era su baluarte contra la familia caída. Cualquiera que fuese la pequeñez de los príncipes que la regían, los Ingleses continuaron su política. Los sacrificios que tuvieron que hacer por las posesiones alemanas de sus reyes fueron, en cierto modo, el precio que pagaron á su nueva dinastía para protegerlos contra la vuelta de la antigua.

El jefe del imperio estaba á la altura de los príncipes alemanes. ¿Qué contraste entre las pretensiones del emperador y la realidad! No hablamos de su poder, que la paz de Westfalia había anulado, hablamos de la política imperial. El sucesor de los Césares romanos, el heredero de los Carlo-Magnos, de los Othones y de los Hohens- taufen continuaba llamándose señor del mundo, y este monarca universal no era más que un buen pa-

(1) RAPIN DE THOYRAS, *Hist. de Inglaterra*, t. XIII, p. 383.
(2) SAINT-SIMON, *Memorias*, t. X, p. 273.—FEDERICO II, *Historia de mi tiempo*, c. 1 (Obras, t. II, p. 13).

dre de familia á la manera de los comerciantes, tratando de engrandecer sus dominios, no por medio de la fuerza de las armas, sino por medio de matrimonios y de sucesiones. Esta rastrera ambición fué el carácter de los Hapsburgos. Se les ha adulado, suponiéndoles veleidades de monarquía universal: no tenían talla para eso. Para ellos, los Estados eran granjas y las explotaban como buenos colonos. En la época de que nos ocupamos, la gran preocupación del último de los Hapsburgos era hacer pasar su corona y todos sus dominios á su hija, á falta de hijo. La *Pragmática Sanción*, que consagra este orden de herencia, fué el asunto de toda su vida. Para garantizarla, celebró tantos tratados como los príncipes de Hanover hacían para conservarse en el trono de Inglaterra. Al menos los Ingleses estaban interesados en conservar su dinastía, aunque no fuese más que por librarse del régimen de los Estuardos. Pero ¿qué importaba á los pueblos, más bien encadenados que asociados bajo la corona de los Hapsburgos, que la archiduquesa María Teresa fuese ó no heredera de su padre? ¿Qué interés tenían los Italianos, los Eslavos, los Húngaros, los Bohemios y los Belgas en que la monarquía austriaca siguiese siendo un todo indivisible? Sus príncipes no habían visto en ellos más que dominios. ¿Por qué no habían de repartirse aquellos prados, aquellas tierras y aquellos bosques? ¿Y qué hubieran perdido en ello los pueblos? ¿Podían llegar á ser menos que cosas?

No diremos más que una palabra de la política de los reyes del Norte. Carlos XII abandonó su capital á la edad de diez y ocho años, y no la volvió á ver más. Pasó su vida peleando por el mero placer de pelear. En vano se buscará en él una idea política; si no fuera por su heroísmo, se le debería colocar en el número de los insensatos. ¿Qué ganaron los Suecos con sus hazañas? La Suecia fué desplomada, arruinada, desmembrada. No basta el valor militar para hacer un gran hombre: si no está inspirado por una idea, no es más que una pasión brutal. Carlos XII tenía tanto valor como Gustavo Adolfo; pero ¿qué distancia entre el héroe que salvó el protestantismo y el soldado que causó la decadencia de su país! Hay otro héroe en el Norte. Si el título de grande pertenece á los príncipes que fundan un Estado, el czar Pedro tiene derecho á él. Aparte de esto, es evidente que en la política de aquel fundador de imperio no debe buscarse ni

derecho ni justicia, ni á un interés nacional, porque los Rusos no tenían conciencia de su nacionalidad. No hay más moralidad en el reinado del gran czar que en una tempestad ó en la erupción de un volcán. Cortaba en los Estados enemigos como si los pueblos fueran materia inerte. ¿Puede censurarsele, cuando en su propia familia sacrificaba su sangre con la misma indiferencia que un jardinero poda un árbol y corta las ramas que pueden perjudicar á su crecimiento?

III.

La segunda mitad del siglo XVIII fué ilustrada por un movimiento filosófico cuyos excesos no afectan á su grandeza. No era una filosofía de escuela, era una explosión de los sentimientos y de las necesidades de la humanidad. ¿Cosa notable! Los grandes escritores que se pusieron á la cabeza de aquella cruzada contra los abusos del pasado nomiraban los intereses particulares de un pueblo, eran los oradores del género humano; predicaban la fraternidad de las naciones, atacaban las preocupaciones hostiles que las dividían, hacían una guerra á muerte á los conquistadores, esos usurpadores de la gloria: cosmopolitismo y humanidad, tal era su divisa. La política de los reyes, ¿estuvo á la altura del siglo de los filósofos? Pudiera creerse así al ver á los príncipes y á las emperatrices afiliados bajo la bandera de la filosofía. Pero pronto viene el desengaño cuando se pasa de sus bellas palabras á sus obras: el lenguaje es el de Montesquieu y de Voltaire, las acciones están inspiradas por el genio de Maquiavelo. Los príncipes abundan en las máximas de los filósofos cuando se trata de la teoría ó de cautivar la opinión pública; pero vuelven pronto á su sistema cuando se trata de sus intereses: el egoísmo es el pecado original de los reyes; no hay bautismo que los lave de él como no sea el bautismo de las revoluciones que transforma la monarquía, haciendo de un poder absoluto un ministerio y una garantía.

A mediados del siglo XVIII estuvo en su apogeo la doctrina del equilibrio. Se lee en la obra de un príncipe á quien la historia ha dado el título de grande: "La tranquilidad de Europa se funda principalmente en el mantenimiento de este equilibrio, por cuyo medio la fuerza superior de una monar-

quía es contrarestanda por el poder reunido de otros soberanos. Si llegara á faltar este equilibrio, sería de temer viniese una revolución universal y que una nueva monarquía se estableciera sobre los restos de los príncipes que por su desunión se habían hecho demasiado débiles. Sólo su unión puede hacerlos formidables y mantener en Europa la paz y la tranquilidad," (1). Federico II, haciendo el elogio del equilibrio, era órgano de la opinión general. Nunca se ha escrito más sobre el contrapeso de los poderes; si esta doctrina pudiera asegurar la paz, hubiera debido hacerla precisamente entonces que príncipes y publicistas la celebraban á porfía como una especie de panacea. Pero los reyes, comenzando por el autor del Anti-Maquiavelo, se reñan del equilibrio en cuanto estorbaba á su ambición. Querían el contrapeso mientras se inclinaba de su lado; pero á poco interés que tuviesen en perturbar este equilibrio, arrojaban la doctrina por la ventana.

Durante veinte años, el emperador Carlos VI no tuvo otro cuidado que procurarse alianzas de todos los príncipes de Europa y firmar tratados para obtener la garantía de su *pragmática sanción*. No retrocedió ante los sacrificios para alcanzar su objeto, y en apariencia lo consiguió. Todas las potencias se comprometieron á conservar la indivisibilidad de la monarquía austriaca, y todas proclamaron que el equilibrio exigía que María Teresa fuese la heredera única de su padre. Carlos VI murió tranquilo. Apenas falleció cuando se formó una formidable coalición contra la joven reina. ¿Y quién se encontraba á la cabeza de esta liga? El primero que toma las armas para desmembrar la monarquía de Austria es Federico II, el autor del Anti-Maquiavelo, cuyas palabras acabamos de transcribir. Había olvidado la doctrina del equilibrio, y no pensaba más que en aprovecharse de la ocasión para redondear su reino. Francia fué la que desempeñó el principal papel en aquella empresa; pero ¿qué objeto se proponía? Los historiadores franceses dicen que sería difícil al más versado en la política contestar á esa pregunta. Cuando Luis XIV hizo la paz de Aix-la-Chapelle, pronunció estas palabras que Voltaire ha celebrado: "He hecho la paz como rey y no como comerciante." Esto quería decir: "No he ganado nada en la guerra, porque

(1) *Anti-Maquiavelo*, c. XXVI.

la he hecho por mi gusto,, (1). Hay, sin embargo, un poder que intervino en la lucha para salvar el equilibrio. Los Ingleses seguían teniendo en los labios la palabra equilibrio; pero sabemos, por la declaración solemne de la reina Ana, lo que significa el equilibrio para ellos: se trata de asegurar su comercio. Este comercio se hace tan invasor, que bien pronto no sufrirá competencia. Aspira á la dominación de los mares, y este imperio marítimo ¿no es también una especie de monarquía universal bastante más real que la que pudiera elevarse sobre el continente, y mucho más peligrosa para los intereses de los otros Estados?

Después de la paz de Aix-la-Chapelle, la política europea cambió súbitamente, como cambia la decoración en una comedia demagia. Luis XV había armado á Europa para desmembrar la monarquía austriaca. Hé aquí el rey cristianísimo que se hace aliado íntimo de la reina que había querido despojar y enemigo mortal de su aliado natural. Bajo el punto de vista del equilibrio, éstas alianzas eran un contrasentido. Por esto María Teresa dice que la balanza era una quimera, lo cual, en boca de los príncipes, quiere decir: ¡Viva el más fuerte! En realidad, la fuerza dominaba en la política europea, lo mismo en los príncipes que invocaban el equilibrio que en los que le negaban. Inglaterra se decidió por Federico contra el Austria, su antigua aliada. Intervino en nombre del equilibrio. Pero Pitt no era el hombre del equilibrio, es decir, del reparto del poder: quería la dominación para su patria, quería la guerra á toda costa, porque era favorable á Inglaterra y ruinosa para su rival. María Teresa no tenía otro móvil. En la guerra de sucesión, cuando la victoria volvió á sus banderas, pensó en desmembrar la Francia. En la guerra de los siete años contaba con aniquilar á Prusia y compartir sus jirones con sus aliados. Su hijo José aprovechó estas buenas lecciones: más franco que su madre, profesaba abiertamente desprecio á los tratados. Es decir, que entre los príncipes, el derecho no es más que una vana palabra, y que solamente reina la fuerza.

Los reyes se encargaron de dar esta lección á Europa, como para legitimar la revolución que se preparaba contra la monarquía. Un historiador dice

(1) REMUSAT, en la *Revista de Ambos Mundos*, 1859, tomo VI, página 665.

que la política del siglo XVIII, de aquella época de luces, fué la política de la expoliación (1). Aplicada á los reyes, la censura es justa. El reparto de la Polonia es el crimen inexplicable de la monarquía. ¿Por qué pisoteaba todo derecho, toda justicia? No es á la filosofía á quien hay que culpar, es á la monarquía que reinaba en Europa. Quien dice monarquía absoluta, dice negación de derecho; y cuando el derecho no se respetaba en el interior de los Estados, ¿cómo había de respetarse en las relaciones internacionales, en que siempre ha reinado la fuerza? Pero si ha reinado en el pasado, no reinará en el porvenir. Precisamente á ese siglo de luces, á esa filosofía tan execrada por los hombres de la reacción, es á quien el mundo debe la doctrina de humanidad, de justicia y de fraternidad que un día renovará la política é introducirá el derecho donde reinaba la fuerza.

§ II.—El despotismo.

I.

Los historiadores modernos no encuentran bastantes maldiciones que fulminar contra las torpezas de la monarquía en el siglo XVIII. Como de costumbre, los últimos son las víctimas propiciatorias de las faltas que pesan sobre generaciones enteras. Esto es injusto. No tratamos de rehabilitar la memoria de Luis XV. ¡Dios nos libre de semejante pensamiento! Pero no es el único culpable. El despotismo, ese azote de la humanidad, es el mismo en Berlin, en Viena y en San Petersburgo que en Versalles; los reyes filósofos, las emperatrices que están en correspondencia con Voltaire tienen la misma doctrina que la del miserable príncipe que entrega su poder á prostitutas. El abuelo de Luis XV y todos los reyes de su raza, todos los ministros que han prestado el apoyo de su inteligencia á levantar el edificio de la monarquía absoluta, son cómplices del mismo crimen. Hay más: la nación misma es cómplice, porque, satisfecha con la igualdad que la proporcionaban sus reyes, sacrificó la libertad. Hé aquí, no una justificación de Luis XV, sino una excusa.

Añadamos que, en los designios de la Providencia, la abyección de la monarquía produjo un

(1) SCHOELL, *Curso de Historia*, t. XXXVII, p. 27.

bien. Cuando el despotismo se encarna en un Luis XIV, un Federico II, un José II, hay peligro de que deslumbré á los pueblos y les haga olvidar sus derechos. Pero toda ilusión se hace imposible cuando se oye á un Luis XV proclamar "que los reyes no son responsables de sus acciones más que ante Dios mismo, de quien reciben su autoridad,, (1). ¡El derecho divino y Luis XV! Diríase en verdad que Dios, en su infinita bondad, ha querido abrir los ojos á una nación cegada por el prestigio de la monarquía, dándole un príncipe cuyo nombre, cubierto de infamia, debía hacer infame la doctrina del derecho divino que invocaba. Escuchemos, pues, á este rey que tiene por misión demoler la antigua monarquía. En un solio de justicia celebrado en 1766 declaró que su autoridad era absoluta: "En mi sola persona reside el poder soberano; de mí solamente reciben su existencia y su autoridad mis tribunales. Á mí sólo me pertenece el poder legislativo, sin dependencia ni participación de nadie. El orden público emana por completo de mí. Mi pueblo no forma más que uno solo conmigo. Los derechos y los intereses de la nación, de que se pretende hacer un cuerpo separado del monarca, están necesariamente unidos con los míos y no reposan más que en mis manos,, (2).

Hé aquí la teoría. Veamos cómo se ejercía ese inmenso poder, cómo, en realidad, los intereses de la nación se confundían con los del rey. Luis XIV inauguró el régimen de las queridas; la última parte de su reinado, á despecho del orgullo del rey, fué el reinado de la astuta Maintenon. Bajo su sucesor, las queridas fueron reemplazadas por prostitutas. Pasemos en silencio la administración del regente, verdadera orgía de perdidos. Al regente sucedió el duque. ¿Quién es el duque? Se lee en el periódico de *Barbier*: "Nuestro primer ministro no satisface á nadie; se sabe que no tiene sentido común, ni práctica alguna en los asuntos públicos, lo cual es triste ocupando semejante puesto,, (3). ¿Quién, pues, gobernaba en Francia? "El ministerio del duque, responde *Duclos*, fué el de la marquesa de Prie, la más desenfrenada criatura, dueña absoluta del reino durante dos años y

(1) *Manifiesto de la corte de Francia contra España de 1718* (ROUSSET, *Memorias*, t. I, p. 267).

(2) TOCQUEVILLE, *Hist. filosófica de Luis XV*, t. II, p. 445.

(3) *Diario de BARBIER*, t. I, p. 196.

medio,, (1). ¿Habrá necesidad de preguntar cuál era la política de aquel magnífico régimen? *Saint-Simon* dice que "el duque fué un hombre hecho á propósito para hacer la fortuna de Inglaterra, por hallarse ciegamente poseído de la marquesa de Prie. Con su belleza, su aire y talle de ninfa y mucho talento, era un prodigio de las más funestas pasiones en el más alto grado: ambición, avaricia, odio, venganza, dominio sin consideración, sin medida, sin querer sufrir la menor contradicción. Los ingleses, bien enterados de nuestras inferioridades, se apresuraron á ganarla, y mediante la pensión que recibía de ellos el cardenal Dubois, todo salió á su gusto,, (2).

Parece que estamos en un lugar de prostitución. Y ¿qué hacía el joven príncipe? Luis XV cazaba. Se trató de darle placeres que estuviesen más en armonía con las costumbres del tiempo y con el espíritu del siglo. Oigamos al abogado *Barbier*: "Se quiere aficionar al rey á las mujeres, porque con esto se espera hacerle más tratable y más cortés. Se cuenta principalmente para esto con la duquesita de Epernon, que es muy bonita y muy joven. Madama de la Vrillière es la encargada de la comisión, pero bien podía tomar al rey para sí misma, porque es bonita también y *mujer de experiencia*,, (3). Luis XV respondió más de lo que podía esperarse á los trabajos que la corte se tomó para formarle; si empezó tarde, supo recobrar el tiempo perdido. Su primer ensayo fué un golpe de maestro: vivió en el incesto con cuatro ó cinco hermanas. Para completar este ideal de depravación, es preciso añadir que el preceptor del joven rey, el primer ministro, favoreció estos desórdenes. ¡Y aquel ministro, era un príncipe de la Iglesia! Los vergonzosos placeres de Luis XV eran una garantía para el cardenal Fleury de que no le quitaría su autoridad. Después de su muerte no tuvo ya primer ministro. ¿Quién, pues, reinó? Las prostitutas, nobles ó plebeyas. Cuando decimos que reinaban, hay que tomarlo al pie de la letra. No era aquello solamente una influencia tan vergonzosa como funesta: era un verdadero poder constitucional, dice un escritor, si puede hablarse de constitución bajo un régimen como no se en-

(1) *Memorias de DUCLOS*, en PETITOT, t. LXXVII, p. 23 y 27.

(2) *Memorias de SAINT-SIMON*, t. X, p. 276.

(3) *Diario de BARBIER*, t. I, p. 211.